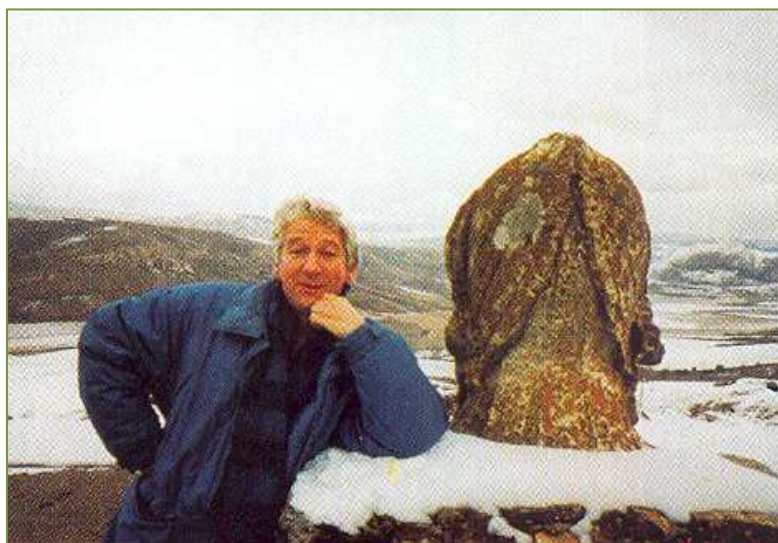


Nostalgia

Jesús Yagüe: tantos y tantos podríamos sumar dosis de añoranza por una fuente, primero cegada y después robada.

Ciertamente, ocupa ya un lugar en nuestra memoria, individual y colectiva.

Para mí era algo más que un referente: era un hito; era el ombligo del Padrastro con el Val a sus pies; era la frontera de la esperanza de un niño cuando, al acarrear desde fuente Carril, bebía de un goteo que le daba la bienvenida al pueblo.



De noche, era meta: el triunfo sobre el miedo tras sortear la proximidad del cementerio, el barranco de ganado muerto y el graznido de los grajos.

Más tarde, la convertí en una diosa destronada y, por tanto, tan cercana que me permitía cabalgar sobre ella para contemplar brumosos amaneceres mientras absorbía supuestas fuerzas

telúricas.

Después, las historias sobre su encuentro y “entronización” que me explicaba el “Mona” - enterrador que ni Shakespeare hubiera imaginado - más los fantasiosos hallazgos al plantar los pinos, acrecentaron mi imaginación: Evidentemente, para mí, era prerromana; una especie de Dama de Elche, pero de Atienza.

Uno y otro experto me decía que no, pero yo erre que erre, hasta que arrastré a César Carreras, arqueólogo: la vio, la tocó y rotundamente sentenció: No!

Entonces, antes de apagarse la ilusión, se encendió la intuición: gradina! caliza! Félix!

Teoría

Recordé al instante una de tantas lecciones que había recibido de un sabio, el entusiasta picapedrero Félix Martín, experto, según él, solo en piedra de La Floresta quien, por cierto, también denunció a la prensa el robo de la cruz de término de este pueblo de Lleida.

“Por la caligrafía de la herramienta - me decía, más con ironía que con aldivez - he desmontado teorías de algún prestigioso catedrático”.

